

de mí como actualidad, como posibilidad y como esperanza. Dejo de ser entonces, y dejo de ser preocupación. ¿No es acaso esta consistencia de continente de alternativas —fundamento de su incógnita, de lo que puede ser, fundado a su vez en lo que no ha sido— lo que preocupa a los Estados Unidos en esta parte del mundo?

Mas, sin embargo, si a fuerza yo soy el que soy y no el que no he sido, entonces —cuando me identifican así, con una fórmula que me saquea de futuro— si bien dicen mi nombre no dicen todavía quién soy. Afortunadamente, el hombre —a diferencia de lo que produce—, aunque está en contacto con las cosas y le acecha el peligro de ser identificado con ellas y por ellas, es lo que quiere ser. Tal posibilidad hace la imposibilidad de que el nombre diga más que mi nombre. Pero esto no es defecto del nombre, sino virtud del hombre que no lo permite.

Cuando se discute el problema de la identidad —y ésta se finca en la cultura—, conviene recordar que la cultura es síntesis del poder: que toda ella no es una entidad pasteurizada, sino representación de lo que la sociedad como tal —en sus relaciones de poder— bautiza como saber, verdadero y bueno. De aquí que toda cultura se caracterice por un desmedido amor a la verdad (que le permite juzgar, vigilar y castigar); verdad que siempre procede de ciertas creencias que después se imponen como lo verdadero. La cultura es una relación social en la que la violencia no está excluida.

De acuerdo con esto, lo que llamo voluntad de identidad —que ya es parte sin discusión, sin crítica, de una voluntad de lo verdadero— está incluida en el juego de la dominación, autentificada o legitimada por el esfuerzo intelectual que, como práctica de privilegio, parece consagrarlo todo. Habría que examinar esta cuestión, porque la idea de identidad (cultural) y su defensa, o la argumentación que pretende comprenderla, de hecho justifica las relaciones de poder o de dominación que la cultura representa. En nuestro caso, en un continente de tiranos, quizá deberíamos aprender a destruir la tiranía de la identidad, puesto que en su trasfondo inmediato consagra hábitos, costumbres, valores, ideas, opiniones, prejuicios, que por regla general sirven al mantenimiento y reproducción del régimen de relaciones establecidas. Advirtamos, asimismo, que la palabra que nombra o define, a la vez que significa una representación determinada del mundo, del hombre y la cultura, implica —decía Alfonso Reyes— una voluntad. En efecto, la palabra que identifica no sólo encierra aromas de intelección, sino explosivos de intención. De aquí que toda retórica sea también una ética. Digamos: toda cuestión de denominaciones es una cuestión de dominaciones. Hay en la identidad y en el proceso mismo de la identificación una intención determinada en juego, intención que en política constituye una prédica o una campaña.

Reyes llegará a ser, tal vez, demasiado severo a juicio de los filósofos que sostienen el problema y la noción de identidad cultural. Lo que da nombre —escribe— funciona como quiste lingüístico, como coagulación muerta en el flujo vivo del hombre; sin olvidar que la palabra que define, define un molde, una manera de cárcel para la vida. Nietzsche, deliberadamente, había sostenido que toda *persona* es una prisión, en un discurso en el que la categoría de persona alude al ser identificado.

Más aún, los filósofos que fundan la identidad en las peculiaridades, encontrarán

en Reyes a un pensador para quien las peculiaridades constituyen la periferia de la cultura que, por lo mismo, puede llegar a la completa indeterminación. De aquí que, si la identidad quisiera definirse por las peculiaridades, no tocaría lo que a juicio de Reyes es fundamental: los universales. Sin contar que esa peculiaridad que tanto sirve a los filósofos de la identidad es ya cosa de muchos y, por eso, tal vez de poca entidad.

En el esfuerzo filosófico en pos de la identidad hay, pues, cierta voluntad de poder en su aspecto más intelectual: voluntad de crear el mundo. Con la identidad se cree en un mundo, y se lo crea y se lo impone como acto bautismal —que no descarta ni la vigilancia ni el castigo— al colectivo social. Aunque hay también —como hemos indicado— el propósito de reconquistar una posesión de otro tiempo. Si nos identificamos a fuerza (subrayo la violencia) con lo que hemos sido, ni duda cabe que en la cuestión de la identidad habita una noción supersticiosa, vestigio de viejas creencias, entre las que se encuentra la del «alma inmortal». La identidad es prácticamente un milagro. Acaso la problemática misma sea también un *hábito* filosófico, procedente de viejas costumbres intelectuales, de viejo cuño en filosofía, y que reza: nada es nuevo. Quizá el discurso *buscarráices* ha echado ramales de sombra desde entonces hasta hoy. Pienso que con un poco más de vigor, de imaginación y de creatividad, podemos ir más allá, dotarnos de una voluntad de salto y asalto al porvenir, sin miramientos con el pasado, hacia una historia sin memoria.

Si somos el continente de la esperanza ¿qué es esto de decir *a priori* quiénes somos si todavía tenemos que ser o queremos ser y si en este proyecto lo que «somos» es una incógnita poblada de diferencias? ¿La identidad no cancela ya todo proyecto de ser otro? ¿No oculta en su meollo una parálisis del mundo americano?

Pero, ¿por qué hemos de creer en estos juicios *a priori*, fabricados por nuestros propios intelectuales para «abrir el camino» a nuestra «liberación»? *Virtus dormitiva*, estas verdades, por más que nos identifican, cuanto más no identifican, más vigor dan a las cadenas. Parto de la tesis de que la cultura —toda cultura (como toda moral)— forzosamente es tiránica, fuerza o aparato de dominación. Aunque se diga o se hable de una cultura liberadora, en cuyo nombre se prohíba la cultura «tiránica», lo cierto es que aquélla también lo es desde que prohíbe o se alza contra ésta. Sin embargo, esto no es una objeción o una crítica; la crítica de ese carácter tiránico procede precisamente del intento cultural que quisiera ordenar la prohibición de su tiranía. No se puede negar que en toda revolución, y en particular en toda revolución cultural, se presenta el momento decisivo en el que la pregunta es, ¿y ahora quién me libera de ti?

Así pues, cuando se afirma que nuestra identidad cultural está amenazada por cierta penetración cultural (a la que se agrega el aparatoso adjetivo «extranjera»), lo que en realidad no se advierte es lo que sucede en realidad: que la cultura toda ha sido, y sobre todo es, una amenaza de vastas proporciones, penetración violenta; que su forma y su contenido son las de un fenómeno que se impone, y que destila amenaza; y, por otra parte, que la identidad —que la justifica— reproduce la amenaza, contribuyendo a crear un mundo vigilado y castigado por la certidumbre; un mundo sin oposición y sin crítica. Pero esto tampoco es una objeción de mi parte —a tal grado mi optimismo—; constato un síntoma grave que aflige al hombre de nuestro tiempo que, desesperado y fatigado, ansioso de algo firme, en medio del abismo y la

amenaza de perderlo todo, adopta finalmente o acepta o admite la verdad que se le impone: prefiere morir (identificado) antes que morir en la duda. Sin duda, la identidad es una adaptación para nosotros mismos.

Ni cuenta nos damos que al elaborar cierta identidad —*a posteriori*—, a la vez que justificamos el pasado-presente en lo establecido, se asume pacíficamente lo que en su momento fue una brutal penetración cultural extranjera en la América prehispánica. Mas hoy forma parte de lo que se denomina nuestra identidad. ¿Qué sentido tiene protegernos de «lo extranjero»? ¿Acaso hay «lo extranjero» en el campo de la cultura? Observemos que en Centroamérica esta misma idea defensiva sirve justamente al propósito de la agresión imperialista en esta región del mundo.

¿Se pregunta el analfabeto qué quiere aprender o se le impone la verdad del que sabe una cierta verdad que además se valora como buena? ¿El analfabeto es analfabeto de qué? ¿No se castiga y vigila al que aprende para que aprenda aquello que se le enseña y que debe aprender? ¿Acaso no se le enseña también a aprender, no se lo califica y/o descalifica en relación con esto? La cultura todo lo destruye y todo lo crea. ¿Por qué habríamos de tener —por otra parte— una identidad cultural libre de amenaza? ¿Qué cultura sería aquella que no impusiera sus verdades? Pero por qué a la amenaza de la cultura habríamos de agregar la de la identidad, que significa precisamente suprimir esa especie de contra-verdad que día con día es lo que salva al hombre cuando se atreve a inventar el valor de la voluntad de permanecer en la incógnita. Insisto en que esto no es una crítica (no hay motivo alguno para ser pesimista en este terreno); tampoco es un elogio (puesto que no hay motivo para el optimismo). A este propósito lo más que puedo hacer es una proposición: ser ciudadanos o filósofos del peligroso *quizá*.

He aquí que tenemos ciertos elementos para pensar una historia y una ética trágica: el hombre no puede prescindir de la cultura: con ella peca y se hace hombre; pero la cultura es, al mismo tiempo, el agente más efectivo de su propia destrucción. Parecería que el hombre no puede conocer a fondo, sino a costa de morir. Me pregunto: ¿cuánta cultura puede soportar con vida? Parece ser que la «búsqueda» de lo profundo hunde al hombre; ¿lo sepultará sin duda, lleno de certidumbres? Quizá un día se avergonzará de lo que hoy tanto se enorgullece, y entonces vomite todo su saber, una especie de nada, fanática y muda; y con ello todo rastro y rostro de identidad.

MANUEL S. GARRIDO
Av. Coyoacán, 1035
Col. Del Valle
Delegación Benito Juárez 03100
MEXICO D. F.